

pedirles gracia alguna, ni poner en ellas su confianza, como lo hacen los paganos, que ponen la esperanza en los ídolos, sino que el honor que se les dá se refiere á los originales que representan; de manera, que las imágenes que besamos, y delante de las que nos descubrimos y nos prosternamos, adoramos en ellas á Jesucristo, y honramos á los santos que representan. Los obispos deben aplicarse tambien á hacer conocer que las historias de los misterios de nuestra redencion, manifestadas por la pintura, ó de alguna otra manera, sirven para instruir al pueblo y afirmarle en la práctica de recordar continuamente los artículos de nuestra fé: que se saca ademas, una gran ventaja de todas las santas imágenes, no solo porque ellas recuerdan al pueblo la memoria de los beneficios y de las gracias que ha recibido de Ntro. Señor, sino tambien porque esponen á los ojos de los fieles, los milagros que Dios ha hecho y los ejemplos saludables que nos ha procurado por los santos, á fin de que le den gracias y se esciten por la vista de estos objetos, á imitar los ejemplos de los santos, á adorar y amar á Dios, y á vivir piadosamente." El concilio de Trento termina su instruccion, por lo que mira á las indulgencias. "Jesucristo, dice el santo concilio, ha conferido á su Iglesia el poder de conceder indulgencias; y habiendo la Iglesia, desde los primeros tiempos, hecho uso del poder que ha recibido de Dios, el santo concilio enseña y ordena que se conserve en la Iglesia esta práctica tan saludable al pueblo cristiano, y confirmada por la autoridad de los concilios: anatematiza á los que dicen que las indulgencias son inútiles, ó que niegan que la Iglesia tiene po-

der para concederlas. Desea, sin embargo, que se use de este poder con moderacion y reserva, segun la costumbre observada antiguamente, y aprobada en la Iglesia, para que la disciplina eclesiástica no se debilite por una escesiva facilidad en concederlas.

(AÑOS 1563 Y 1584 DE JESUCRISTO.)

### CONCLUSION DEL CONCILIO DE TRENTO. SAN CARLOS BORROMEIO.



El concilio de Trento, cuya primera sesion se celebró en el año 1545, se terminó últimamente en 1563, bajo el pontificado de Pio IV. Por el espacio de diez y ocho años que duró el concilio, el espíritu del error y de la heregía puso por obra cuantos obstáculos podian oponerse, ó para suspender su ejecucion, ó para debilitar su autoridad; mas la fé triunfó; y aquel que ha prometido á la Iglesia estar siempre con ella, supo sacar de las pasiones humanas, la gloria de su Esposa, é hizo servir para su conservacion y para la mas feliz de todas sus reformas, la heregía misma, que parecia amenazar su prócsima ruina. La vigésima quinta y última sesion, se tuvo el 3 de Diciembre de 1563. El secretario, despues de haber leído todos los decretos dados desde la apertura del concilio, publicó el último para la conclusion de esta santa é ilustre asamblea: apenas fué ratificado, cuando los padres, dando gracias á Dios, manifestaron su gozo con lágri-

mas y reiteradas exclamaciones, como en los antiguos concilios. El papa confirmó los decretos por una bula de 6 de Enero de 1564, y estimuló á los reyes, á los pueblos y á todos los fieles, á que recibiesen religiosamente sus santos decretos. Los venecianos fueron los primeros que se sujetaron á ellos, y á ejemplo suyo, hicieron lo mismo al punto, toda Italia, España, Portugal y Polonia. Se publicó tambien el concilio en Flandes, en el reino de Nápoles y de Sicilia, y en casi toda la Alemania, donde encontró, sin embargo, en los luteranos, enemigos que no quisieron reconocer su autoridad, como si su adhesion hubiese de servir de regla para la infalibilidad de la Iglesia, y quedasen sin fuerza sus leyes, privadas de la sancion de estos hereges. La Francia recibió tambien el santo concilio: sus definiciones son para nosotros, como para las otras partes de la Iglesia, unas reglas de fé, y lo veneramos del mismo modo que á aquellos grandes concilios, de quienes dijo un santo papa: "Yo reverencio los cuatro primeros concilios, como á los cuatro Evangelios." La Iglesia Galicana ha adoptado tambien muchos reglamentos dirigidos por el concilio: decimos mas, la disciplina de Trento es la nuestra, si se exceptúan los artículos contrarios á nuestras costumbres y á los privilegios de la corona.

Sin embargo, la reforma ordenada por el santo concilio, y los sábios reglamentos que habia prescrito, se establecieron poco á poco. Innumerables obstáculos se levantaron por todas partes, y grandes Iglesias se opusieron al principio á la ejecucion de los decretos del concilio; pero Dios suscitó una de aquellas almas grandes y generosas que dá de si-

glo en siglo á su Iglesia, para ser como el móvil y el apoyo de todas las grandes empresas. Carlos Borromeo, modelo de los obispos, y restaurador de la disciplina eclesiástica, habia nacido en Arona, cerca de Milán, de una de las mas ilustres familias de Italia. Se descubrieron desde su mas tierna infancia, una piedad y unas inclinaciones que no tardaron en dar á conocer á su familia, los designios que Dios tenia sobre él. Le aficionaron, siendo aun joven, al estado eclesiástico; y su tio, el cardenal de Medias, habiendo sido electo papa, bajo el nombre de Pio IV, le hizo venir á Roma, en donde con el capelo de cardenal, le dió el arzobispado de Milán, y le confió la principal administracion de los asuntos. Carlos Borromeo, elevado á las primeras dignidades de la Iglesia, gozando de la confianza del soberano pontífice, rodeado de honores y esplendor, y aun en la flor de la edad, se libró de todas las ilusiones que rodean la juventud, y se manifestó digno, por sus virtudes y su conducta, del alto puesto en que la Providencia le habia colocado. El concilio de Trento se concluyó por sus esfuerzos y su celo: aceleró su publicacion con su eficaz solicitud para con algunos obispos y príncipes, é inmediatamente que esta venerable asamblea se disolvió, hizo que se celebrase un numeroso sínodo en Milán, para recibir y publicar los decretos del concilio. Poco satisfecho de estos primeros progresos y de sus primeros sucesos, se aplicó de una manera mas particular á establecer entonces en la Iglesia la reforma ordenada por el concilio. Como él habia sido el alma de las últimas sesiones, y las habia dirigido por decirlo así, conocia el espíritu del santo concilio.

lio, y se apresuró á ejecutar todo lo que él habia prescrito, comenzando la reforma por él mismo, apartando de su persona y de su casa, todo lo que no era compatible con la gravedad y dignidad episcopal: á los placeres mas inocentes hizo que sucediesen las ocupaciones mas graves y sérias: la oracion, la predicacion y la administracion de los sacramentos, y el gobierno de las Iglesias, ocupaban y llamaban todo su tiempo; pero Cárlos Borromeo estaba destinado para dar á la Iglesia ejemplos mas admirables. El concilio de Trento se habia espresado con fuerza contra los obispos que no residian en sus diócesis. San Cárlos, detenido en Roma por una orden espresa del soberano pontífice, se creyó, sin embargo, obligado á ir á gobernar su Iglesia que se le habia confiado: pidió, pues, al papa, su tio, el permiso de volverse á su diócesis, y lo obtuvo á fuerza de instancias y súplicas. Vuelto á su grey, no tuvo otro pensamiento que la santificacion de su pueblo y la gloria de su Iglesia: trajo cerca de sí, hombres eminentes en ciencia y en piedad: convocó un concilio provincial, é hizo sancionar en él, segun los decretos del de Trento, los mas sábios reglamentos, para la recepcion y observancia del concilio, la reforma del clero y la celebracion del oficio divino. Pero trabajando por su grey San Cárlos, no se olvidó de sí mismo: dejó todos sus beneficios; se prohibió el uso de los vestidos de seda, y abrazó un género de vida, duro y austero: su casa estaba tan bien arreglada, que parecia mas bien un seminario, que el palacio de un arzobispo; y en los últimos años de su vida, llevó á tal extremo la frugalidad, que su alimento no era mas que pan y agua y

algunas legumbres groseras: así, no se hablaba mas en la Italia, que de la santidad y celo del cardenal Borromeo: visitó mas de una vez su vasta diócesis: recorrió toda su provincia eclesiástica, y penetró hasta los profundos valles de los Grisones y de los Suizos: se le vió en sus correrías apostólicas, marchar á pié, sufrir la hambre, la sed, las injurias del aire, subir las montañas mas escarpadas, y esponerse á los precipicios mas espantosos, para buscar la oveja descarriada, y volverla á su rebaño: su celo era tan activo, y su caridad tan fecunda, que nada se le escapaba de cuanto podia servir á la gloria de Dios y á la salud del prójimo. El culto de los altares, sin decencia y sin pompa; las ceremonias santas de la religion, despreciadas y sin esplendor, encontraron en San Cárlos un reformador, que por la magnificencia de los ornamentos y la magestad del culto divino, realzó la grandeza de nuestros misterios, y los hizo como sensibles á su pueblo: fué el primer fundador de los seminarios: fundó hasta cinco en su diócesis, y estendió para el buen orden de estos piadosos asilos, los sábios reglamentos que han servido de modelo para la formacion de iguales establecimientos, que se han, felizmente, multiplicado en la Iglesia: estableció colegios, hospitales, monasterios; erigió piadosas asociaciones; restableció el espíritu de regularidad y de fervor entre el clero regular y secular de su diócesis; reunió hasta seis concilios, todos confirmados por la santa sede; y como si tantos y tan útiles establecimientos no bastasen para hacer entrar á su pueblo al verdadero espíritu del cristianismo, aun se reprendia á sí mismo de no haber comenzado á santificar la grey que le ha-

bia sido confiada. Sin embargo, la divina Providencia reservaba á San Cárlos una de aquellas grandes pruebas en que de ordinario la virtud mediana se deja abatir, pero en donde una alma grande y generosa se manifiesta con toda entereza. Apareció la peste en Milán: inmediatamente los grandes y los ricos del siglo, abandonan la ciudad: le aconsejan á San Cárlos que se retire á un lugar seguro, y que se conserve para toda su diócesis; pero él rehusa con indignacion un concepto tan contrario á estas palabras del Salvador: "El buen pastor da su vida por su rebaño." Y al mismo tiempo, ofreciendo á Dios el sacrificio de su vida, se dedica al servicio de los apestados: desde este día, su caridad no conoce mas límites: corria día y noche, llevando por todas partes el consuelo, los remedios, las palabras de paz y de resignacion: su presencia endulzaba los dolores, y la consolacion de Dios salia de su boca. Pero el contagio se estiende; se agotan los recursos; nada queda para los desgraciados. Cárlos encontró socorros en su inagotable caridad: puso en venta sus bienes, sus muebles, y hasta su cama; y rico para los pobres, y pobre para consigo mismo, va en persona á llevar á los enfermos el alimento que calmara sus dolores, y no teme ni los peligros ni la muerte, si puede endulzar los males de su pueblo. La cólera de Dios se deja, en fin, apaciguar por los votos del pastor, y San Cárlos, antes de su muerte, vió restablecida la santidad en su diócesis. Se aprovechó de la desgracia que acababa de experimentar-se, para establecer mas y mas una saludable reforma; y habiendo sobrevivido siete años despues de la peste, fué á recibir la corona de tantas virtudes

y sacrificios, el día 3 de Noviembre de 1584, llevando al sepulcro el dolor de su rebaño, que le amaba como al mas tierno de los padres, el sentimiento de la santa sede, de quien habia sido el apoyo, y la admiracion de la Iglesia, á quien su vida santa habia edificado, su celo habia estendido, y su prudencia reformado. ¡Feliz la Iglesia que produce aún tantas virtudes! ¿Qué sociedad, separada de la unidad católica, ha producido hombres tan eminentes en santidad, en celo y en caridad?

(AÑO 1582 DE JESUCRISTO.)

#### SANTA TERESA, REFORMA DEL CARMEN.

**M**IENTRAS que San Cárlos trabajaba para restablecer la disciplina eclesiástica, cuando los celosos misioneros predicaban á algunos pueblos bárbaros la buena nueva del Evangelio, y cuando la heregía redoblando sus furores, daba al cielo generosos mártires, se formaban en la Iglesia nuevas instituciones religiosas: se restablecia la reforma en los claustros, y las órdenes monásticas volvian nuevamente á su primitivo fervor. Podemos referir á esta época, aunque hayan sido establecidas un poco antes, y porque nada se ha dicho de ellas en el curso de esta historia, la congregacion de los Teatinos, cuyo fundador fué el papa Pablo IV: la de los Barnabitas, de la que fueron primeros fundadores tres gentiles-hombres milaneses, y la de los Jesuitas, que

confirmada en 1534 gozaba entonces del esplendor y consideracion que eran debidos á una de las mas santas y útiles instituciones que hasta entonces habian aparecido en la Iglesia. Estos establecimientos no fueron los únicos de un siglo, en que á pesar de los esfuerzos de la heregía, la religion conservaba aún sobre los corazones, un feliz ascendiente. San Juan de Dios estableció los frailes de la caridad para consuelo de los enfermos. Los papas aprobaron la reforma de los recoletos que observaban la regla de San Francisco en toda su pureza, y la Francia vió nacer los penitentes de Picpús y la reforma de los Tulences. Pero de todas las instituciones de este tiempo, una de las mas illustres es la que mira á Santa Teresa como su reformadora. Esta tierna amante del Salvador, nació en Avila, en las Españas, y tuvo desde su mas tierna infancia, precoces disposiciones para la piedad. La vida de los santos que gustaba leer, inflamaba su tierno corazón, y la hacia suspirar por la gloria del martirio, sin embargo, estas felices disposiciones se debilitaron: privada de su madre en una edad en que las pasiones comienzan á desarrollarse, tuvo la libertad de ocuparse en lecturas frívolas, y bebió en los romances algunos sentimientos de vanidad y peligrosas impresiones; tan cierto es que los malos libros son funestos á la inocencia y á la virtud. Pero antes que estas afecciones nacientes hubiesen echado profundas raices en su corazón, fué conducida á un convento en donde los buenos ejemplos y las prácticas de la religion despertaron su piedad. Teresa sintió el grande peligro que habia corrido; y para precaver otras caídas mas funestas, resolvió consa-

grarse á Dios. A la edad de veinte y un años abrazó la vida religiosa en la órden del Cármen, y se consagró como una generosa víctima, á los rigores de la penitencia. La nueva esposa de Jesucristo participó de los mas insignes favores de un Dios que jamas se deja vencer en generosidad: se hablaba frecuentemente de los dones que el cielo le concedia, y de las inefables gracias de que su alma estaba inundada. Sin embargo, terminaron estos dias de consolacion: volviendo al mundo para restablecer su salud por su complecion débil y delicada, Teresa dejó entibiar su piedad: tomó gusto á las conversaciones del siglo, y contrajo algunas relaciones que aunque inocentes, la retenian en las imperfecciones y en una disipacion contrarias al espíritu de recogimiento y de fervor. La muerte de su padre y la lectura de las confesiones de San Agustin, llegaron á reanimar el corazón de Teresa: ardió de nuevo en las mas vivas llamas de la caridad; se desprendió de todas las afecciones terrenas, y se elevó á los mas sublimes grados del amor divino. Faltaban palabras á sus labios y sentimientos á su corazón, para esplicar el fuego que le abrasaba y los ardores que la consumian: caía en unos éxtasis y desfallecimientos de que ninguna cosa criada podia sacarla; y si en la sublimidad de sus éxtasis se le escapaban algunas palabras, se le oía esclamar: "Dilatad, ó Dios mio, ensanchad la capacidad de mi corazón, ó poned término á vuestras divinas gracias!" Pero estos celestiales consuelos no le fueron concedidos sin mezcla de pruebas y dolores: se creyó que las revelaciones con que Dios la favorecia, eran ilusiones: la trataron de visiona-

ria y aun pensaron delatarla al tribunal de la inquisicion; sin embargo, en medio de estas persecuciones exteriores y algunas veces desamparos y penas interiores, Teresa supo callar y sufrir con calma y resignacion; de este modo sucediendo la tranquilidad bien pronto á la tempestad, sus perseguidores vinieron á ser despues sus apologistas, y los que habian despreciado en ella los dones del Señor, fueron los primeros en publicar sus virtudes. Teresa comenzó ácia esta época á trabajar en la reforma del Cármen. Dotada de un génio superior y de un valor aun mas extraordinario en su secso, permaneció firme en medio de las contradicciones: superó todos los obstáculos y consiguió á fuerza de constancia, de fatiga y de celo, restablecer en su órden el espíritu de penitencia y de regularidad. Diez y seis conventos de niñas y catorce de hombres abrazaron cuando ella vivia, su austera reforma, que poco despues se estendió por toda la cristiandad. Juan de Yepes, conocido bajo el nombre de San Juan de la Cruz, habia ayudado á Teresa en sus trabajos: este religioso humilde, mortificado y lleno del verdadero espíritu de la perfeccion evangélica, ansioso de la cruz y de los sufrimientos, sostenia y animaba á Teresa al mismo tiempo que se sometia á todo lo que ella creia deberle prescribir para restituir el espíritu primitivo del Cármen. La santidad de su vida y el esplendor de sus milagros, le han hecho colocar en el número de los santos. Santa Teresa, en medio de los trabajos que arrostraba para introducir la reforma en los conventos de su órden, fué afligida de frecuentes enfermedades y de penas sin número; pero se esforzaba á sufrirlas con

aquel ardiente amor que tenia á los padecimientos y que le hacia repetir sin cesar: "O morir, ó padecer." Jamas se quejó de estas crueles pruebas, y juzgándose muy feliz con merecer por los dolores de un momento una corona de gloria eterna, fué á recibir la recompensa de sus virtudes el 4 de Octubre de 1582.

---

 ERRORES DE BAYO.

 NUEVAS VIOLENCIAS DE LOS HEREGES.
 

---

**B**AYO, doctor de Lobaina, con el designio de unir á los protestantes con los católicos, cayó en graves errores sobre la gracia, el libre albedrío, la justificacion, y el pecado original: enseñaba que los movimientos indeliberados de la concupiscencia son otras tantas prevaricaciones: que la libertad, segun la Santa Escritura, es la suspension del pecado; que ella es compatible con la necesidad: que desde la caida de Adan todas las obras de los hombres hechas sin la gracia, son criminales: que se puede merecer la vida eterna antes de estar justificado, &c. Esta doctrina, enteramente luterana, apenas apareció, cuando encontró celosos antagonistas en los defensores de la fé católica. La facultad de teología de París, censuró en 1560, diez y ocho proposiciones extractadas de los libros de Bayo, y pocos años despues, el santo papa Pio V. condenó setenta y seis. Bayo al principio parecia que se sometia á esta censura; mas poco despues publicó una larga apologia de su doctrina, en la cual no se avergonzaba de sostener que los sentimientos de los santos padres eran

difamados en la bula que lo condenaba. Pio V, por una suma condescendencia, habiendo ordenado un nuevo ecsámen de la doctrina censurada, confirmó su primer juicio. Bayo rehusó suscribir á su condenacion; pero al fin se sometió por el temor de un grande escándalo si resistia.

Despues de la muerte del papa, Bayo y sus partidarios se levantaron de nuevo. Publicó la sesta apologia de su doctrina: se quejó de haber sido condenado sin ser oido, y nada omitió para justificarse. Gregorio XIII, para poner fin á estas turbaciones, espidió en 1579, una bula en confirmacion de la de Pio V. La universidad de Lobaina y todos los doctores la recibieron, y Bayo se vió forzado de nuevo á retractar de palabra y por escrito, las proposiciones condenadas, así lo ejecutó, pero ha dejado á la posteridad en la duda de si su última retractacion seria mas sincera que las precedentes. Murió en 1589, despues de haber trazado el laberinto de los errores, en donde veremos al semi-calvinismo refugiarse y atrincherarse con tanta destreza, que á pesar de la Iglesia que le desecha y le condena, él quiere siempre permanecer unido y adherido á su seno.

Mientras que Bayo difundia sus errores y acreditaba su doctrina, los calvinistas destrozaban á Flandes, sublevaban la Holanda contra su soberano legitimo, y llegaban á sustraerla de la dominacion española, al mismo tiempo que la separaban de la unidad católica. Ácia esta época, reinos enteros se separaron á un mismo tiempo del seno de la Iglesia: abrazaron los errores del protestantismo, y abandonaron al parecer para siempre, á la Iglesia, madre á quien ellos debian su fé, su prosperidad y su di-

cha. La Escocia, la Dinamarca y la Suiza, renunciaron la fé de la Iglesia romana. La heregia se arma por todas partes, y por donde quiera que ella domina, el hierro y el fuego destruyen los altares, derriban los templos, y los verdugos degüellan á los fieles que no quieren ni reconocerla ni abrazarla; pero en donde ella es débil, procura aumentarse por la revolucion y la felonía; así se vió á la heregia sentada sobre el trono de Inglaterra, ejercer sus furores contra los católicos. La cruel Isabel, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas, sacrifica á su envidia y al ódio que tenia á la religion de sus padres, á la infortunada Maria Stuard, reina de Escocia; y se vió esta sangre tan pura mezclarse en la corriente, confundida con la sangre derramada por la misma causa. Los católicos degollados y proscritos sin asilos, sin defensa, fueron entregados á merced de las leyes mas bárbaras. De esta manera, en Francia, el calvinismo ataca la soberanía, y á pesar de las diarias pérdidas y de reveces continuos, desola aun nuestras provincias, y prolonga una guerra civil, mas funesta á la patria que las hordas de bárbaros de que algunos siglos antes habia sido inundada; pero bien pronto los estragos de la heregia se mudan en prosperidades. Un jóven príncipe, heredero presuntivo de la corona, se pone á la cabeza de los rebeldes; la victoria le sigue por todas partes, y bajo su penacho blanco no se recogen sino laureles. En vano la liga, mezcla horrorosa de todas las pasiones y de un falso celo de la religion, oponé alguna resistencia á este torrente impetuoso: él triunfa de todo, y ya una última victoria le abre las puertas de la capital, cuan-

do aquel que vela por la conservacion de este reino cristianísimo, cámbia el corazon del hijo de San Luis. Enrique IV renuncia á la heregía antes de entrar á París: él hizo la abjuracion solemne de los errores á que habia estado adherido en la Iglesia de San Dionisio, en manos del arzobispo de Burgos, asistido de un gran número de prelados: hizo su profesion de fé en estos términos. “Yo prometo y juro en presencia del Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religion católica, apostólica y romana, protegerla y defenderla á costa de mi vida; y renuncio todas las heregías contrarias á su doctrina.” Antes de su retractacion, Enrique IV habia hecho reunir á los ministros protestantes para preguntarles si ellos creian que se podia uno salvar en la Iglesia romana: se vieron obligados á convenir, segun sus principios, en que sí se podia. “¿Qué razon teneis, replicó el rey, para haberla abandonado? Los católicos sostienen que no se puede uno salvar en la vuestra; vos convenis en que sí puede salvarse en la de ellos; el buen sentido pide que yo tome el partido mas seguro y que prefiera una religion, en la cual, segun confiesa todo el mundo, yo puedo conseguir mi salvacion.” Enrique IV sentado sobre el trono, no pensó mas que en reparar las pérdidas del estado y de la Iglesia. Volvió á llamar á los Jesuitas espatriados por decreto del parlamento: estinguió las discórdias, apaciguó las disensiones civiles, é hizo, durante todo su reinado, la felicidad de sus vasayos. Feliz príncipe si la vivacidad de sus pasiones no hubiera manchado la pureza de sus costumbres, y si no hubiera encontrado la muerte bajo el puñal de un asesino!

(AÑO 1622 DE JESUCRISTO.)

## SAN FRANCISCO DE SALES.

LA Iglesia recogia los frutos del santo concilio de Trento, mientras que la heregía separándose mas y mas de la fé católica, se precipitaba en todos los errores y abrazaba una despues de otra, las doctrinas mas opuestas y contradictorias. Ella criaba tantas sectas cuantos eran los hombres turbulentos é inquietos que se encontraban en su seno. Cada dia veia salir nuevas profesiones de fé, y las continuas variaciones de los protestantes hacian ya preveer que llegaria un tiempo en que no tendrian mas que la apariencia de cristianismo y un vano simulacro de religion. Las turbaciones y la division reinaban en el seno mismo de sus conciliábulos, y la reforma abrazada para restablecer la pureza de las costumbres y de la fé, ocasionaba continuos trastornos y escándalos. Pero dejemos á la heregía que entregada á sus propios furores se desgarré á sí misma; no hablemos ni de los Anabaptistas, de los Adiaforitas, de los Libertinos, de los Menonitas y Socinianos, sectas horrorosas de las que el mismo protestantismo se ha avergonzado, y pongamos nuestra vista sobre esta imagen viva del Hijo de Dios conversando con los hombres sobre este ilustre obispo de Ginebra, Francisco de Sales, cuyo nombre jamas puede pronunciarse sin recordar la virtud mas pura y la alma mas bella. Nació cerca de Ancy en Savoya en 1567, y debió á la piedad de su madre una educacion cristiana, y las primeras se-